

# CIRCULO DEL CRIMEN

LA SOMBRA DE FU MANCHU

SAX ROHMER



N°37

La mente más maligna e inteligente del mundo, la del misterioso doctor Fu Manchú, dueño de terribles poderes ocultos, busca apoderarse del espectacular descubrimiento de un famoso científico. Nayland Smith debe volver a enfrentarse a él poniendo en juego todo su ingenio, pues esta vez es el mundo mismo lo que peligrará.

## 1

—¿Quién es la pelirroja que está almorzando con aquel agregado de embajada? —dijo repentinamente Nayland Smith.

—¿En qué mesa?

—Un poco a la derecha. Hacia donde miro.

Harkness, a quien Washington había encargado recibir al dinámico visitante, ya empezaba a sentir los efectos de la tensión nerviosa. *Sir Denis Nayland Smith*, antiguo jefe del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard, hablaba como un fusil Bren, y pensaba y se movía con tal rapidez, que su compañía, aunque estimulante, resultaba agotadora.

Al darse la vuelta, cuando estaba a punto de encender un cigarro, Harkness acabó por descubrir la mesa del diplomático. El restaurante-grill se había puesto de moda para almorzar y estaba lleno. Pero conocía al agregado de vista. Se volvió de nuevo hacia Nayland, al tiempo que dejaba caer un fósforo en el cenicero.

—No sé. No la había visto antes de ahora.

—¿De veras? ¡Yo sí!

—Lamento mi torpeza, *Sir Denis*. ¿Es alguien importante?

—Una mujer tan vistosa es siempre importante. Claro que la conozco. Pero no acabo de identificarla.

Nayland Smith volvió a servirse café, contempló de mala gana la pipa de escaramujo, que parecía recién rescatada de un alto horno, y la devolvió al bolsillo. Escogió un cigarrillo.

—¿No creerá que es rusa? —sugirió Harkness.

—Ya sé que no.

Smith examinó la sala, recubierta de madera y abarrotada de clientela. Zumbaba como un aviario. Predominaban los hombres de negocios. Tratos de todas clases flotaban en el ambiente cargado de humo. Casi todos estos hombres hablaban de cómo hacer dinero. Y casi todas las mujeres charlaban de cómo gastarlo.

Pero no así la grácil muchacha del pelo resplandeciente. Nayland se preguntaba de qué estaría hablando. Su compañero parecía absorto por lo que ella decía o por la manera de expresarse.

Y mientras Nayland Smith estudiaba múltiples caras, Harkness estudiaba a Nayland Smith.

Se habían visto una sola vez con anterioridad y los años habían plateado su cabellera más que nunca, pero no habían hecho mella en su tersa virilidad. Puede que tuviera unas pocas arrugas más en su rostro moreno y enjuto. Era una cara adusta, una cara que ocultaba un secreto, hasta que Nayland Smith sonreía. La sonrisa revelaba el secreto.

De improviso rompió a hablar.

—Resulta curioso pensar —dijo— que estas personas, aisladas de lo que no es su mundo, como cigarrillos envueltos en celofán, absortas en sus asuntos triviales, están sentadas en el cráter de un volcán a punto de erupción.

—¿Lo cree de verdad?

—Lo sé. ¿Por qué cierta potencia ha enviado a todos sus mejores agentes a los Estados Unidos? ¿Qué es lo que desean averiguar?

—El secreto de la bomba atómica.

—¡Tonterías! No hay secreto alguno. Lo sabe usted tan bien como yo. En cuanto se da publicidad a una nueva ar-

ma, pierde su utilidad. No adelanto nada con ocultar una piedra en mi guante de boxeo si el otro individuo también tiene una. No, se trata de algo distinto.

—Parece que hay mucho jaleo en Inglaterra.

—En los últimos meses Inglaterra ha perdido misteriosamente a dos ministros del gabinete actual. Durante todo este intercambio la mirada de Smith se había desviado en dirección a cierto grupo y de repente soltó —¡Claro! Me pareció que era, pero ahora estoy seguro. Es mi día de suerte.

—¿Seguro de qué? —Harkness estaba asombrado.

—El hombre de la mesa siguiente. Nuestro amigo el diplomático y su encantadora amiga están vigilados.

Harkness hizo girar su cuello otra vez.

—Se refiere a ese hombre de color cetrino.

—¿Cetrino? ¡Es birmano! No crea que son todos comunistas.

Harkness contempló su cigarro, como intentando concentrarse.

—Usted me lleva mucha delantera. Sin duda alguna su información es mucho más completa que la mía. Pero, hablando honradamente, no lo entiendo.

Nayland Smith fijó su mirada en los ojos castaños y sinceros de Harkness y asintió comprensivo.

—Es culpa mía. Pienso en voz alta. Una mala costumbre. Apenas tengo tiempo para explicarle. ¡Mire! ¡Se marchan! Haga que sigan a la pelirroja. Encargue a otro hombre que no pierda de vista al ojeador birmano. Póngase en contacto conmigo aquí. *Suite 1236.*

La joven del cabello castaño rojizo se encaminaba a la salida, seguida de su compañero. Mientras que Harkness se marchaba de prisa, Nayland Smith dejó caer algo, lo que le hizo inclinarse, al tiempo que el agregado pasaba cerca de su mesa.

Al salir a la calle 46, Harkness cruzó unas palabras con un hombre que hablaba con el portero de un hotel. El hom-

bre asintió y se puso en marcha.

Manhattan seguía su ritmo. Hombres bien alimentados volvían a sus oficinas para estudiar nuevos proyectos de cómo ganar más dólares. Las damas se dirigían a las tiendas de lujo de la calle chic: la Quinta Avenida, el gran bazar de Nueva York. Las esperaban especialistas en estética, diseñadores de sombreros de París. Las esperaban también distinguidas jóvenes para lucir vestidos maravillosos y distinguidos jóvenes para seducir a las damas con dijes centelleantes.

En ciertas capitales del Viejo Mundo, hombres y mujeres de rostros ojerosos se asomaban a tiendas vacías y regresaban a sus despensas exhaustas.

Pero Manhattan seguía su ritmo de baile.

Nayland Smith, que observaba cómo un automóvil se ponía en marcha seguido a corta distancia por otro, hacía votos para que el baile de Manhattan no acabase en danza macabra.

Luego subió a un sedán negro, que se hallaba aparcado un poco más adelante. El chófer parecía un policía; posiblemente porque lo era. Después de recorrer varias bocacalles, Smith dijo repentinamente:

—¿Nos vienen siguiendo?

—Sí, señor —informó el conductor—. El tercer coche detrás nuestro. Es una pequeña camioneta de repartos.

—Pare en el próximo «drugstore». Lo comprobaré.

Cuando Smith se bajó y se encaminó al «drugstore», la camioeta que les seguía prosiguió adelante, pero luego se detuvo un poco más allá.

Nayland Smith salió de la tienda y prosiguió el viaje. Recorrieron dos manzanas de casas más.

—Justo detrás de nosotros —le informó lacónicamente el conductor.

Smith utilizó un teléfono instalado en el sedán para transmitir unas breves instrucciones. De tal modo que, mucho antes de que el coche de Smith llegara a su destino, la camioneta aún seguía al sedán, pero dos coches de la policía de tráfico seguían a la camioneta. No llevaba más de unos pocos minutos en el despacho del subcomisario de la calle Centre cuando entró un sargento con los detalles que precisaban.

Bajo la acusación de una infracción técnica habían detenido la camioneta y le habían rogado a su conductor, con firmeza, que se identificara. Smith echó un vistazo al informe.

—Vaya, ciudadano americano. Nacido en Atenas. —Alzó la vista—. ¿Ha comprobado su declaración de que llevaba la camioneta a reparar?

—Claro está. La camioneta no parece tener avería alguna. Posee un motor muy potente para un chasis tan ligero.

—No me extraña —comentó Smith con sequedad—. Compruebe todos sus contactos. Él no debe enterarse. Tienen que averiguar para quién trabaja en realidad.

Estuvo un largo rato con el subcomisario y reunió muchos datos útiles. Smith estaba en Nueva York a petición del F.B.I. y Washington le había concedido poderes casi absolutos. Cuando por fin se marchó, había anotado dos nombres en su agenda.

Eran Michael Frobisher y el Dr. Morris Craig del Laboratorio de Investigaciones de Huston.

Se veía claramente que Michael Frobisher no estaba tranquilo, sentado allí, en un hueco de la biblioteca de su club. Frobisher, hombre fornido y de grandes huesos, tenía un aspecto físico impresionante, con una robusta mandíbula, cejas espesas (negras como el carbón, en contraste con su pelo casi canoso) y ojos, que parecían actuar independientemente de lo que Michael Frobisher estuviera haciendo.

En la biblioteca había solamente otros dos socios, pero, aunque aparentemente Frobisher leía un periódico, sus ojos se movían con rapidez, a medida que su mirada se trasladaba de una cara a otra de aquel modo extrañamente furtivo.

Por encima de parte de la sala, una de las mejores de la ciudad en su estilo, sobresalía una galería, que proporcionaba acceso a más libros, alineados en las estanterías de arriba. Un empleado del club apareció en la galería, moviéndose con extremo sigilo y la mirada de Frobisher se disparó hacia arriba como un ansioso reflector en un bombardeo.

Una voz le hizo volver al nivel del mar.

—¡Hola, Frobisher! ¿Qué tal su esposa?

La sonrosada faz de Frobisher se demudó. Levantó la vista desde donde estaba sentado, en una poltrona de cuero, y vio que un tercer socio acababa de entrar: el Dr. Pardoe.

—¡Hola, Pardoe! —Había recobrado el control; el tono profundo era normal—. Estuvo a punto de sobresaltarme.

—Ya lo he visto. —Pardoe le miró con ojo profesional y se sentó en el brazo de una silla, cerca de Frobisher—. Abusando un poco de su salud, ¿verdad?

—No diga eso, doctor. Cierto es que he estado bastante atareado. Gracias por la información con respecto a Stella. Ha mejorado muchísimo desde que empezó los tratamientos que usted le recomendó.

—Estupendo. —El Dr. Pardoe sonrió con sonrisa poco expresiva. Era un hombre rubio, de pelo color arena y seco de carácter—. No pondría la mano en el fuego para afirmar que el profesor no es un curandero, pero parece que tiene éxito con ciertos tipos de neurosis.

—Le aseguro que Stella ha mejorado ir: cien por cien.

Pardoe se aclaró la garganta.

—A lo mejor convendría que le viera a usted.

—¿De qué me habla? —gruñó Frobisher—. A mí no me pasa nada.

—¿Ah, no? —El galeno le examinó con la vista tranquilamente—. Le pasará algo pronto si no cuida su dieta. —Pardoe era vegetariano—. Verá, su corazón dio un latido de menos cuando le dirigí la palabra.

Frobisher hizo un esfuerzo para no perder el control. El médico de su mujer le atacaba los nervios. De cualquier modo no estaba dispuesto a tolerar bobadas.

—Atienda a lo que voy a decirle —aunque atenuada, su voz profunda resonó en la habitación, de la que se habían marchado todas las demás personas—. No se trata de nervios. Es temor. Una organización como la Huston Electric tiene rivales. Y los rivales se tornan peligrosos si se les derrota. Alguien me viene siguiendo. Alguien entró en Falling Waters una noche de la semana pasada. Registró mis papeles. He visto a ese hombre. Le reconocería si le viera de nuevo, doctor. Y tampoco es por comer demasiados solomillos.

Pardoe tenía la irritante costumbre de soltar una tosecilla antes de hablar.

—No pongo en duda el hecho del robo...

—No sabe cuánto se lo agradezco. Y permítame que se lo recuerde. Stella no lo sabe y no tiene por qué saberlo.

—Comprendo. Así que sólo está enterado...

—Sólo estamos enterados mi mayordomo, Stein, y yo. Y no es un espejismo. ¡Todavía estoy en mi sano juicio, aunque me haya comido un bistec en el almuerzo!

El galeno alzó sus rubias cejas.

—No lo dudo, Frobisher. Pero ¿no se le ha ocurrido pensar que esta reciente impresión de que le siguen a todas partes (que, por cierto, es un síntoma bastante común) pueda ser consecuencia de este hecho en concreto?

Frobisher no contestó y el Dr. Pardoe, que había dirigido la vista a la alfombra, la alzó repentinamente y la fijó en su interlocutor.

La mirada de Frobisher estaba orientada de nuevo hacia arriba, observaba la galería. Habló susurrando las palabras.

—¡Pardoe! Mire hacia donde yo lo hago. ¿Es un socio del club?

El Dr. Pardoe hizo lo que Frobisher le pedía. En la galería vio una figura delgada, vestida de negro. Aquel hombre acababa de restituir una vasija a su lugar en el estante. Tan sólo la nuca y los hombros eran visibles. Se fue, sin revelar sus rasgos.

—No es un socio que yo conozca personalmente. Pero se incorporan nuevos socios y hay personas invitadas...

Pero Frobisher ya se había levantado y salido disparado de su butaca. En aquel instante cruzaba la biblioteca.

—Hay un tipo con aspecto de asiático. Le vi la cara —dijo Frobisher chillando, a pesar de la regla de silencio—. Voy a hablar con él.

El Dr. Pardoe meneó la cabeza, recogió una revista médica que había dejado caer en la silla y se encaminó hacia la salida.

Estaba descendiendo las escaleras cuando vio que Michael Frobisher había llamado al secretario del club y se estaba encarando con él.

—¿Puedo preguntarle desde cuándo se admite a los chinos como socios?

—Sus palabras me sorprenden, señor Frobisher.

El secretario, un joven calvo, con acento de Harvard, era capaz de ser muy patriarcal.

—¿Ah, sí?

—Así es. Tengo su queja ante mis ojos, una nota aquí. Si desea que la lleve al comité, no tiene más que decirlo. Por mi parte puedo asegurarle que no sólo no tenemos socios asiáticos, tanto numerarios como honorarios, sino que ningún visitante como el que usted describe ha estado en el club. Es más, señor Frobisher, el bibliotecario ayudante, que ha sido la última persona que ha estado en la galería, me ha asegurado que nadie ha subido allí desde entonces.

Frobisher se puso en pie de un salto.

—¡Llame al Dr. Pardoe! —le indicó—. Él estaba presente. ¡Llame al Dr. Pardoe!

Pero el Dr. Pardoe ya se había marchado del club.

El laboratorio de investigaciones de la Huston Electric Corporation estaba en la calle 36, en el último piso del edificio Huston. El despacho del Dr. Craig se encontraba junto al propio laboratorio, al que podía entrar salvando tres escalones que conducían a una puerta de acero. Esta puerta permanecía siempre cerrada con llave.

Morris Craig era un hombre de poco más de treinta años, esbelto, bien afeitado y muy ágil. Se había quitado la chaqueta y estaba trabajando en mangas de camisa ante una mesa de dibujo. Su pelo castaño oscuro, que llevaba bastante largo, tenía cierta tendencia a estar alborotado; a veces le caía un mechón sobre la frente, hasta el punto de que el acto de retirarlo con la mano se había convertido en un hábito.

Acababa de hacer una pausa con este propósito, mientras se echaba hacia atrás, como si buscara una perspectiva para su trabajo, y rebuscaba un paquete de cigarrillos, cuando se abrió la puerta del despacho a sus espaldas y alguien se acercó a él.

Craig estaba tan absorto que al principio no prestó atención. Fue la respiración entrecortada de quien había entrado la que le impulsó a dar media vuelta repentinamente.

—¡Señor Frobisher!

Craig, que usaba gafas tan sólo para dibujar o leer, se las quitó y se levantó del taburete sorprendido.

—No pasa nada, Craig —Frobisher levantó la mano—. Siéntese.

—No tiene usted muy buen aspecto, si me permite decirselo.

Su modo de hablar poseía una cualidad típicamente inglesa y tenía la costumbre de arrastrar las sílabas. Ni el más mínimo detalle en su comportamiento hacía sospechar que Morris Craig era uno de los físicos más brillantes que jamás habían salido de la universidad de Oxford. Se hizo con los esquivos cigarrillos y encendió uno.

Michael Frobisher permanecía donde se había dejado caer, en una silla junto a la puerta. Pero el color ya volvía a su rostro. En ese momento sacaba un cigarro del bolsillo superior de su chaqueta de lana.

—Esos malditos médicos dicen que como y fumo demasiado —comentó. A Craig su voz le recordaba el Oporto añejo—. Poco me importaría vivir si no pudiera hacer lo que quiero.

—Práctico, pero un tanto duro. ¿Puedo preguntarle por qué viene tan alterado?

—De eso le hablaré en seguida —refunfuñó Frobisher—. Antes de nada, ¿qué noticias hay del gran trabajo?

—Nos estamos acercando. Creo que tenemos el final a la vista.

—Estupendo. Quiero hablar de ello —recortó el extremo del cigarro—. ¿Qué tal va la nueva secretaria?

—Sobresaliente *cum laude*. Se lo sabe todo. Con la señorita Lewis perdimos una buena colaboradora, pero debo admitir que la señorita Navarre es un hallazgo afortunado.

—No me extraña. Sacó el título en París y se ha pasado dos años con el Profesor Jennings. A mí me parece bien, siempre que usted esté de acuerdo.

El rostro aniñado de Craig se iluminó.

—A mí me va como anillo al dedo. Trabaja como una mula de carga. Debería salir al campo este fin de semana.

—Tráigasela a Falling Waters. No le vendrán mal unos días de aire sano.

—Claro que no —Craig parecía estar indeciso. Se volvió a su mesa de labor—. No debería dejar este trabajo hasta que estuviera terminado.

Se colocó las gafas y se puso a estudiar el extraordinario diagrama que estaba sujeto al tablero de dibujo con chinchetas. Parecía estar comprobando ciertos detalles con una masa de símbolos y cifras, anotados en una gran hoja rayada que había junto al tablero.

—Claro que... —murmuró abstraído—. Es muy posible que termine de un momento a otro.

La admiración por lo que hacía, una especie de asombro de que a él, humilde estudioso de los secretos de la naturaleza, se le hubiese otorgado el poder de realizarlo, le reclamaba la atención. Estaban en juego fuerzas poderosísimas, hasta entonces apenas sospechadas, que controlaban el mundo. Allí, escrito con la tinta indeleble de las matemáticas, se encerraba una descripción de los medios por los cuales se podían domeñar dichas fuerzas.

Se olvidó de Frobisher.

Y Frobisher, tras encender su cigarro, empezó a pasearse por el recinto del despacho, echando una mirada de cuando en cuando a la figura absorta. De repente Craig se dio la vuelta y se quitó las gafas.

—Señor Frobisher, ¿le preocupa el coste de estos experimentos?

Frobisher se detuvo y se le quedó mirando fijamente.

—¿El coste? ¡Al diablo el coste! Eso no me preocupa. No sé mucho de cosas científicas, pero sé aquilatar una propuesta comercial. —Se dejó caer en un sillón—. Pero hay algo que no sé —Se inclinó hacia adelante con sus espesas cejas abatidas—. ¿Por qué me vienen siguiendo?

—¿Le siguen?

—Tal como lo oye. Me siguen los pasos. Hoy me siguieron hasta mi club. Me han seguido hasta aquí. Alguien está vigilando mi casa en Connecticut. ¿Quién es? ¿Qué es lo que quiere?

Morris Craig se levantó y se apoyó en la mesa de dibujo.

Detrás de él un cielo de color violeta intenso hacía de telón de fondo a las siluetas de los edificios más altos que el Huston. Algunas de las ventanas parecían desperezarse, formando una decoración rutilante, como si fueran joyas en contraste con un paño de terciopelo.

El crepúsculo se abatía sobre Manhattan.

—Una situación asombrosa —declaró Craig, pero su sonrisa era atractiva—. Cuénteme más. ¿Sospecha de alguien?

Frobisher denegó con la cabeza.

—Si se ha filtrado fuera lo que hacemos aquí, las sospechas serán múltiples. Supongamos que su teoría es cierta (y ya sabe que yo la apoyo), ¿qué significará este descubrimiento para la Huston Electric?

—El reconocimiento agradecido del mundo científico.

—¡Al diablo con el mundo científico! Estoy pensando en la Huston.

La mente de Morris Craig seguía vagando por el espacio inconmensurable y su espíritu seguía trepando por la escala de las estrellas hacia más altos y más remotos secretos del universo misterioso. Así que se limitó a contestar vagamente.

—Ni idea. En este momento soy incapaz de ver su aplicación práctica.

—No me venga con insensateces. —Michael Frobisher volvía a ser el individuo irascible de otras veces—. Este trabajo ya ha costado medio millón de dólares. ¿Y va a decirme que no vamos a sacar ningún beneficio? ¿Se cree que esto es un manicomio?

Se abrió una puerta al otro extremo del despacho y entró un hombre, bajo, corpulento y ligeramente patizambo, que caminaba con un vaivén, como si estuviera en la cubierta de un barco durante un temporal. Llevaba un mono de trabajo, gafas y una visera. Entró sin formalismo alguno y se acercó a Craig. La figura imponente de Michael Frobisher no le afectó en lo más mínimo.

—Oiga. ¿Tiene usted un trozo de cuerda? —preguntó.

—No tengo ningún pedazo de cuerda. Tengo una pastilla de chicle o dos sellos de un centavo ¿Le sirven?

El intruso se dedicó a masticar pensativamente.

—Supongo que no. La máquina de escribir de la señorita Navarre se ha atascado ahí dentro. Pero se me ha ocurrido que con un trozo de cuerda así de largo —hizo el ademán— podría arreglarlo.

—Lo siento, Sam, pero no poseo ninguno.

Durante un rato Sam siguió mascando, luego se encaminó a la puerta.

—Me imagino que tendré que buscar por otra parte.

No había hecho más que salir cuando Frobisher espetó a Craig:

—Oiga. ¿Qué hace ese retrasado mental para que se le pague?

—¿Sam? —respondió Craig sonriendo—. Bueno, es un comodín, que lo mismo sirve para un barrido que para un fregado. Sobre todo ayuda a Regan y a Shaw en el laboratorio.

—Ya me figuro la clase de ayuda que será. Lo que quiero decir es esto: Hemos de tener mucho cuidado con la clase de personas que entran aquí. Ha habido un soplo. Alguien sabe más de lo que debería.

Morris Craig retornaba lentamente al prosaico planeta Tierra, en el que la gente normal, de a pie, pasa su vida. Empezaba a darse cuenta de que Michael Frobisher estaba muy asustado.

—No me puedo hacer responsable. Shaw y Regan están más allá de toda sospecha. Y espero que yo también. Cuando contratamos a la señorita Navarre nos aseguramos de que contaba con las mejores garantías. De todos modos, poco mal podía hacer. Además, resultaría absurdo sospechar de ella.

—¿Y qué me dice del subnormal que acaba de salir?